

Ideas de Paul Adam

De una entrevista que el escritor argentino don Juan Pablo Echagüe tuvo en París con el ilustre literato francés Paul Adam, y que publica la revista argentina "Bases", tomamos los siguientes pasajes:

Desde hace algún tiempo me siento poseído por la idea latina... Mis estudios históricos, así como el espectáculo de los hechos actuales, me llevan a pensar que el porvenir del mundo saldrá de un acuerdo entre las razas herederas de la antigua Roma. Es el colosal pasado de los germanos y de los Bárbaros, el que hace pesar hoy su hegemonía sobre la Europa y el que los impulsa a conquistar el Universo. En Alemania, un poderoso partido, el pangermanismo, secretamente apoyado por el Kaiser, sostiene que nuestra raza puede y debe ser regenerada por la germanización de la Francia, y se encuentran sabios que se atreven a sostener esta idea paradójica, con todo el aparato de su ciencia pretenciosa. Hémos, pues, constreñidos a defendernos a sangre y fuego con-



tra el peligro de una nueva invasión Bárbara. Para recordar la inminencia de tal riesgo a mis compatriotas, he publicado un libro: "Contra el Aguila". Porque el águila germánica afila cada día sus garras con el propósito de despedazarnos. Creo que solo uniéndonos con nuestros hermanos de la misma civilización y de la misma raza podremos resistir al formidable empuje de este pueblo expansivo y brutal. Pienso también que las naciones latinas de la América, deben unirse contra las ambiciones anglo-sajonas. Usted comprenderá ahora por qué me siento atraído hacia ustedes a estudiar ese campo extraordinario de actividad y de grandes empresas, donde ustedes viven esa joven energía que es cualidad nativa de todos los ciudadanos de ambas Américas. Ustedes, como latinos participan de nuestros recuerdos y de nuestra cultura. Son en consecuencia ustedes los llamados a recoger el tesoro de civilización y de ideas que nos ha transmitido la antigua Roma y que las naciones situadas en los bordes del Mediterráneo se esfuerzan por acrecentar desde hace veinte siglos.

En América ustedes estarán más aleja-

dos que nosotros del antepasado común, menos obsedidos de recuerdos ancestrales. Las cualidades de audacia y de voluntad legadas por el genio romano a nuestras razas se manifiestan entre ustedes en la áspera lucha por conquistar la riqueza y transformar las comarcas nativas. Sin embargo ustedes siguen de cerca los movimientos de nuestro espíritu, y se hallan incorporados sobre todo por el contacto intelectual, a la gran familia latina. Vuestra ayuda nos será necesaria un día para mantener la supremacía de la idea nacida de nuestros cerebros. . . . Usted sabe que los latinos y los griegos fueron los institutores de todo pensamiento y de toda civilización. Hasta en Oriente, hasta en la China se encuentran hoy ideas y tradiciones inspiradas por ellos. Aquellos hombres no valían solamente por la fecundidad de su espíritu, sino también por la luminosa claridad de sus creaciones, por la unidad y la armonía de sus obras. Oigo hablar de "una" cultura latina. ¿Pero acaso hay otra? La cultura latina es única. No hubo jamás cultura germánica, y es un gra alemán, Nietzsche, quien lo afirma. Sin duda, poderosos genios y profundos

pensamientos han nacido entre los pueblos de origen bárbaro, pero ellos son con frecuencia pesados, nebulosos y carecen de ese sentido que hace la belleza, la unidad, la armonía, la cultura propiamente dicha. Para que el mundo no se sumerja en una atmósfera densa y ensombrecida, preciso es que la antorcha del espíritu latino no se extinga... He aquí lo que yo les diría a sus compatriotas de usted, si fuera a visitarlos. Les recordaría, evocando vastos cuadros históricos, cómo se ha constituido nuestra común civilización; les invitaría a esforzarse por aumentar la herencia, les exhortaría a reunirse a nosotros para mantener siempre encendida esa luz espiritual, hoy amenazada por la brutalidad de los bárbaros. Y les demostraría que esa sed de dominación, es orgullo soberano, esas ansias todopoderosas de que están dando muestras las naciones germánicas y anglosajonas, sumergirían el mundo en la estupidéz si llegasen a triunfar. Hay que trabajar por unir todas las energías latinas, para que ningún adversario pueda detener la expansión de nuestra raza, ni malograr las admirables cualidades que han hecho su grandeza...

Edgar Allan Poe

SEMEJANTES a los Fuertes de los días antiguos, viven en sus torres de piedra, de hierro y de cristal los hombres de Manhattan.

En su fabulosa Babel gritan, mugen, resueñan, braman, conmueven la Bolsa, la locomotora, la fragua, el banco, la imprenta, el dok y la urna electoral. El edificio *Produce Exchange* entre sus muros de hierro y granito reúne tantas almas cuantas hacen un pueblo.... Hé allí Broadway. Se experimenta casi una impresión dolorosa: sentís el dominio del vértigo. Por un gran canal cuyos lados los forman casas monumentales que ostentan sus cien ojos de vidrios y sus tatuajes de rótulos, pasa un río caudaloso, confuso, de comerciantes, corredores, caballos, tranvías, ómnibus, hombres-sandwichs vestidos de anuncios y mujeres bellísimas. Abarcando con la vista la inmensa arteria en su hervor continuo, llega a sentirse la angustia de ciertas pesadillas. Reina la vida del hormiguero, un hormiguero de percherones gigantescos, de carros monstruosos de toda clase de vehículos. El vendedor de periódicos, rosado y risueño salta como un gorrion de tranvía en tranvía, y grita al pasaje-

ro: *Intanrsooonwood!*, lo que quiere decir si gustais comprar cualquiera de estos tres diarios. el *Evening Telegram*, el *Sun* o el *World*. El ruido es mareador y se siente en el aire una trepidación incesante; el repiqueteo de los cascos, el vuelo sonoro de las ruedas parece a cada instante aumentarse. Temeríase a cada momento un choque, un fracaso, si no se conociese que este inmenso río, que corre con una fuerza de alud, lleva en sus ondas la exactitud de una máquina. En lo más intrincado de la muchedumbre, y en lo más convulsivo y crespón de la honda de movimiento, sucede que una *lady* anciana bajo su capota negra o una *miss* rubia, o una nodriza con su bebé quiere pasar de una acera a otra. Un corpulento *policeman* alza la mano; detiénese el torrente; pasa la dama; *¡all right!*

“Esos cíclopes....” dice Groussac; “esos feroces calibanes....” escribe Peladan. ¿Tuvo razón el raro Sar al llamar así a estos hombres de la América del Norte? Calibán reina en la isla de Manhattan, en San Francisco, en Boston, en Washington, en todo el país. Ha conseguido establecer el imperio de la materia, desde su estado misterioso con Edison hasta la apoteosis del puerco, en esa abrumadora ciudad de Chicago. Caliban se satura de *whisky*, como en el drama de Shakespeare de vino; se desarrolla y crece; y sin ser esclavo de ningún Próspero, ni martirizado por ningún genio del

aire, engorda y se multiplica; su nombre es Legión. Por voluntad de Dios suele brotar de entre esos poderosos monstruos algún ser de superior naturaleza que tiende las alas a la eterna Miranda de lo ideal. Entonces, Caliban mueve contra él Sicorax, y se le destierra o se le mata. Esto vio el mundo con Edgar Allan Poe, el cisne desdichado que mejor ha conocido el ensueño y la muerte....

¿Por qué vino tu imagen a mi memoria, Stella, Alma, dulce reina mía, tan presto ida para siempre, el día en que, después de recorrer el hirviente Broadway, me puse a leer los versos de Poe, cuyo nombre de Edgar, armonioso y legendario, encierra tan vaga y triste poesía, y he visto desfilar la procesión de sus castas enamoradas a través del polvo de plata de un místico ensueño? Es porque tú eres hermana de las liliales vírgenes cantadas en brumosa lengua inglesa por el soñador infeliz, príncipe de los poetas malditos. Tú, como ellas, eres llama del infinito amor. Frente al balcón vestido de rosas blancas, por donde en el Paraíso asoma tu faz de generosos y profundos ojos, pasan tus hermanas y te saludan con una sonrisa, en la maravilla de tu virtud, ¡oh mi ángel consolador, oh mi esposa! La primera que pasa es Irene, la dama brillante de palidez extraña, venida de allá, de los mares lejanos; la segunda es Eulalia, la dulce Eulalia de cabellos de oro y ojos de violeta, que dirige

al cielo su mirada; la tercera es Leonora, llamada así por los ángeles, joven y radiosa en el Edén distante; la otra es Frances, la amada que calma las penas con su recuerdo; la otra es Ulalume, cuya sombra erra en la nebulosa región de Weir, cerca del sombrío lago de Auber; la otra Helen, la que fue vista por primera vez a la luz de perla de la luna; la otra, Annie, la de los ósculos y las caricias y oraciones por el adorado; la otra, Annabel Lee, que amó con un amor, envidia de los serafines del cielo; la otra Isabel, la de los amantes coloquios en la claridad lunar; Ligeia, en fin, meditabunda, envuelta en un velo de extraterrestre esplendor.... Ellas son, cándido coro de ideales oceánidas, quienes consuelan y enjugan la frente al lírico Prometeo amarrado a la montaña yanqui, cuyo cuervo, más cruel aún que el buitre esquiliano, sentado sobre el busto de Palas, tortura el corazón del desdichado apuñaleándole con la monótona palabra de la desesperanza. Así tú para mí. En medio de los martirios de la vida, me refrescas y alientas con el aire de tus alas, porque si partiste en tu forma humana al viaje sin retorno, siento la venida de tu sér inmortal, cuando las fuerzas me faltan o cuando el dolor tiende hacia mí su negro arco. Entonces, Alma, Stella, oigo sonar cerca de mí el oro invisible de tu escudo angélico. Tu nombre luminoso y simbólico surge en el cielo de mis noches como un incompara-

ble guía, y por tu claridad inefable llevo el incienso y la mirra a la cuna de la eterna Esperanza.

*
* *

La influencia de Poe en el arte universal ha sido suficientemente honda y trascendente para que su nombre y su obra no sean a la continua recordados. Desde su muerte acá, no hay año casi en que, ya en el libro o en la revista, no se ocupen del excelso poeta americano críticos, ensayistas y poetas. La obra de Ingram iluminó la vida del hombre; nada puede aumentar la gloria del soñador maravilloso. Por cierto que la publicación de aquel libro, cuya traducción a nuestra lengua hay que agradecer al señor Mayer, estaba destinada al grueso público.

¿Es que en el número de los escogidos, de los aristócratas del espíritu, no estaba ya pesado su propio valor, el odioso farrago del camino Griswold? La infame autopsia moral que se hizo del ilustre difunto debía tener esa bella protesta. Ha de ver ya el mundo libre de mancha al cisne inmaculado.

Poe, como un Ariel hecho hombre, diríase que ha pasado su vida bajo el flotante influjo de un extraño misterio. Nacido en un país de vida práctica y material, la influencia del medio obra en él al contrario. De un país de cálculo brota imaginación tan estupenda. El dón

mitológico parece nacer en él por lejano atavismo y vese en su poesía un claro rayo del país de sol y azul en que nacieron sus antepasados. Renace en él el alma caballeresca de los Le Poer, alabados en las crónicas de Generaldo Gambresio. Arnoldo Le Poer lanza en la Irlanda de 1327 este terrible insulto al caballero Mauricio de Desmond: "Sois un rimador". Por lo cual se empuñan las espadas y se traba una riña que es el prólogo de guerra sangrienta. Cinco siglos después, un descendiente del provocativo Arnoldo glorificará a su raza, erigiendo sobre el rico pedestal de la lengua inglesa, y en un nuevo mundo, el palacio de oro de sus rimas.

El noble abolengo de Poe, ciertamente, no interesa sino a "aquellos que tienen gusto de averiguar los efectos producidos por el país y el linaje en las peculiaridades mentales y constitucionales de los hombres de genio", según las palabras de la noble señora Whitman. Por lo demás, es él quien hoy da valer y honra a todos los pastores protestantes, tenderos, rentistas o mercachifles que lleven su apellido en la tierra del honorable padre de su patria, Jorge Washington.

Sábese que en el linaje del poeta hubo un bravo sir Rogerio, que batalló en compañía de Strongbow; un osado sir Arnoldo, que defendió a una *lady* acusada de bruja; una mujer heroica y viril, la célebre "Condesa" del

tiempo de Cromwell; y pasando sobre enredos genealógicos antiguos, un general de los Estados Unidos, su abuelo. Después de todo, ese sér trágico, de historia tan extraña y romancesca, dio su primer vagido entre las coronas marchitas de una comedianta, la cual le dio vida bajo el imperio del más ardiente amor. La pobre artista había quedado huérfana desde muy tierna edad. Amaba el teatro, era inteligente y bella, y de esa dulce gracia nació el pálido y melancólico visionario que dio al Arte un mundo nuevo.

Poe nació con el envidiable don de la belleza corporal. De todos los retratos que he visto suyos, ninguno da idea de aquella especial hermosura que en descripciones han dejado muchas de las personas que le conocieron. No hay duda de que en toda la iconografía poeana, el retrato que debe representarle mejor es el que sirvió a Mr. Clarke para publicar un grabado que copiaba al poeta en el tiempo en que éste trabajaba en la empresa de aquel caballero. El mismo Clarke protestó contra los falsos retratos de Poe que después de su muerte se publicaron. Si no tanto como los que calumniaron su hermosa alma poética, los que desfiguraron la belleza de su rostro son dignos de la más justa censura. De todos los retratos que han llegado a mis manos, los que más me han llamado la atención son el de Chiffart, publicado en la edición ilustrada de Quantin, de

los *cuentos extraordinarios*; y el grabado por R. Loccup para la traducción del libro de Ingram por Mayer. En ambos Poe ha llegado ya a la edad madura. No es por cierto aquel gallardo jovencito sensitivo que al conocer a Elena Stannard quedó trémulo y sin voz, como el Dante de la *Vita Nuova* ... El es el hombre que ha sufrido ya, que conoce por sus propias desgarradas carnes cómo hieren las asperezas de la vida. En el primero, el artista parece haber querido hacer una cabeza simbólica. En los ojos, casi ornitomorfos; en el aire, en la expresión trágica del rostro, Chiffart ha intentado pintar al autor del *Cuervo*, al visionario, al "unhappy Master", más que al hombre. En el segundo hay más realidad: esa mirada triste, de tristeza contagiosa; esa boca apretada, ese vago gesto de dolor y esa frente ancha y magnífica en donde se entronizó la palidez fatal del sufrimiento, pintan al desgraciado en sus días de mayor infortunio, quizá en los que precedieron a su muerte. Los otros retratos, como el de Halpin, para la edición de Armstrong, nos dan ya tipos de lechuguinos de la época, ya caras que nada tienen que ver con la cabeza bella e inteligente de que habla Clarke. Nada más cierto que la observación de Gautier:

Es raro que un poeta, dice, que un artista sea conocido bajo su primer encantador aspecto. La reputación no le viene sino muy tarde, cuando ya las fatigas del estudio, la lucha

por la vida y las torturas de las pasiones han alterado su fisonomía primitiva: apenas deja sino una máscara usada, marchita, donde cada dolor ha puesto por estigma una magulladura o una arruga.

Desde niño, Poe "prometía una gran belleza" (1)

Sus compañeros de colegio hablan de su agilidad y robustez. Su imaginación y su temperamento nervioso estaban contrapesados por la fuerza de sus músculos. El amable y delicado ángel de poesía sabía dar excelentes puñetazos. Más tarde dirá de él una buena señora: "Era un muchacho bonito" (2).

Cuando entra a West Point, hace notar en él un colega, Mr. Gibson, su "mirada cansada, tediosa y hastiada". Ya en su edad viril, recuérdale el bibliófilo Gowans: "Poe tenía un exterior notablemente agradable y que predisponía en su favor; lo que las damas llamarían claramente bello". Una persona que le oye recitar en Boston, dice: "Era la mejor realización de un poeta, en su fisonomía, aire y manera". Un precioso retrato es hecho de mano femenina: "Una talla algo menos que de altura mediana quizá, pero tan perfectamente proporcionada y coronada por una cabeza tan noble, llevada tan regiamente, que,

(1) Ingram.

(2) Miss Royster, citada por Ingram.

a mi juicio de muchacha, causaba la impresión de una estatua dominante. Esos claros y melancólicos ojos parecían mirar desde una eminencia....." (1). Otra dama recuerda la extraña impresión de sus ojos: "Los ojos de Poe, en verdad, eran el rasgo que más impresionaba, y era a ellos a los que su cara debía su atractivo peculiar. Jamás he visto otros ojos que en algo se le parecieran. Eran grandes, con pestañas largas y un negro de azabache; el iris, acero-gris, poseía una cristalina claridad y transparencia, a través de la cual la pupila, negra-azabache, se veía expandirse y contraerse, con toda sombra de pensamiento o de emoción. Observé que los párpados jamás se contraían, como es tan usual en la mayor parte de las personas, principalmente cuando hablan; pero su mirada siempre era llena, abierta y sin encogimiento ni emoción. Su expresión habitual era soñadora y triste: algunas veces tenía un modo de dirigir una mirada ligera, de soslayo, sobre alguna persona que no le observaba a él, y, con una mirada tranquila y fija, parecía que mentalmente estaba midiendo el calibre de la persona que estaba ajena de ello. "¡Que ojos tan tremendos tiene el señor Poel, me dijo una señora. Me hace helar la sangre el verlos darlos vueltas lentamente y fijarlos sobre mí cuando estoy

(1) Miss Heywood, citada por Ingram.

hablando" (1). La misma agrega: "Usaba un bigote negro, esmeradamente cuidado, pero que no cubría completamente una expresión ligeramente contraída de la boca y una tensión ocasional del labio superior que se asemejaba a una expresión de mofa. Esta mofa era fácilmente excitada y se manifestaba por un movimiento del labio, apenas perceptible y, sin embargo, intensamente expresivo. No había en ella nada de malevolencia, pero sí mucho sarcasmo". Sábese, pues, que aquella alma potente y extraña estaba encerrada en hermoso vaso. Parece que la distinción y dotes físicas deberían ser nativas en todos los portadores de la lira. Apolo, el crinado numen lírico, ¿no es el prototipo de la belleza viril? Mas no todos sus hijos nacen con dote tan espléndido. Los privilegiados se llaman Goethe, Byron, Lamartine, Poe.

Nuestro poeta, por su organización vigorosa y cultivada, pudo resistir esa terrible dolencia que un médico escritor llama con gran propiedad "la enfermedad del ensueño". Era un sublime apasionado, un nervioso, uno de esos divinos semilocos necesarios para el progreso humano, lamentables cristos del Arte, que, por amor al eterno ideal, tienen su calle de la amargura, sus espinas y su cruz. Nació con la adorable llama de la poesía, y ella le ali-

(1) Mrs. Weiss, *ibíd.*

mentaba al propio tiempo que era su martirio. Desde niño quedó huérfano y le recogió un hombre que jamás podría conocer el valor intelectual de su hijo adoptivo. El señor Allam —cuyo nombre pasará al porvenir al brillo del nombre del poeta— jamás pudo imaginarse que el pobre muchacho recitador de versos que alegraba las veladas de su "home", fuese más tarde un egregio príncipe del Arte.

En Poe reina el "ensueño" desde la niñez. Cuando el viaje de su protector le lleva a Londres, la escuela del dómine Brandeby es para él como un lugar fantástico que despierta en su ser extrañas reminiscencias; después, en la fuerza de su genio, el recuerdo de aquella morada y del viejo profesor han de hacerle producir una de sus subyugadoras páginas. Por una parte, posee en su fuerte cerebro la facultad musical; por otra, la fuerza matemática. Su "ensueño" está poblado de quimeras y de cifras como la carta de un astrólogo. Vuelto a América vémosle en la escuela de Clarke, en Richmond, en donde al mismo tiempo que se nutre de clásicos y recita odas latinas, boxea y llega a ser algo como un *champion* estudiantil; en la carrera hubiera dejado atrás a Atalanta, y aspiraba a los lauros natatorios de Byron. Pero si brilla y descuella intelectual y físicamente entre sus compañeros, los hijos de familia de la tofa aristocracia del lugar miran por encima del

hombre al hijo de la cómica. ¿Cuánta no ha de haber sido la hiel que tuvo que devorar este ser exquisito, humillado por un origen del cual en días posteriores habría orgullosamente de gloriarse? Son esos primeros golpes los que empezaron a cincelar el pliegue amargo y sarcástico de sus labios. Desde muy temprano conoció las acechanzas del lobo racional. Por eso buscaba la comunicación con la Naturaleza, tan sana y fortalecedora.

“Odio sobre todo y detesto este animal que se llama hombre”, escribía Swift a Pope. Poe, a su vez, habla “de la mezquina amistad y de la fidelidad de polvillo de fruta (*gossamer fidelity*) del mero hombre”. Ya en el libro de Job, Eliphaz Themanita exclama: “¿Cuánto más el hombre abominable y vil que bebe como la iniquidad?” No buscó el lírico americano el apoyo de la oración; no era creyente, o, al menos, su alma estaba alejada del misticismo, a lo cual da por razón James Rusell Lowell lo que podría llamarse la matematicidad de su cerebración. “Hasta su misterio es matemático para su propio espíritu”. La ciencia impide al poeta penetrar y tender las alas en la atmósfera de las verdades ideales. Su necesidad de análisis, la condición algebraica de su fantasía, hácele producir tristísimos efectos cuando nos arrastra al borde de lo desconocido. La especulación filosófica nubló en él la fe, que debiera poseer como todo poeta verdade-

ro. En todas sus obras, si mal no recuerdo, sólo unas dos veces está escrito el nombre de Cristo (1). Profesaba, sí, la moral cristiana; y en cuanto a los destinos del hombre, creía en una ley divina, en un fallo inexorable. En él, la ecuación dominaba a la creencia, y aun en lo referente a Dios y a sus atributos, pensaba con Spinoza que las cosas invisibles y todo lo que es objeto propio del entendimiento no puede percibirse de otro modo que por los ojos de la demostración (2); olvidando la profunda afirmación filosófica: *Intellectus noster sic se habet; ad prima entium quæ sunt manifestissima in natura, sicut oculus vespertilionis ad solem*. No creía en lo sobrenatural, según confesión propia; pero afirmaba que Dios, como creador de la Naturaleza, puede, si quiere, modificarla. En la narración de la metempsícosis de Ligeia hay una definición de Dios, tomada de Granwill, que parece ser sustentada por Poe: Dios no es más que una gran voluntad que penetra todas las cosas por la naturaleza de su intensidad. Lo cual estaba ya dicho por Santo Tomás en estas palabras: "Si las cosas mismas no determinan el fin por sí, porque desconocen la razón del fin, es necesario que se les determine el fin por otro que sea determinador de la Naturaleza. Este es el que previene todas las cosas, que es

(1) Tiene, no obstante, un himno a María en *Poems and Essays*.

(2) Spinoza: *Tratado teológico-político*.

por sí mismo necesario, y a éste llamamos Dios...." (1) En la *Revelación magnética*, a vuelta de divagaciones filosóficas, Mr. Vankirk—que, como casi todos los personajes de Poe, es Poe mismo—afirma la existencia de un Dios maternal, al cual llama materia suprema e imparticulada. Pero agrega: "La materia imparticulada, o sea Dios en estado de reposo, es, lo que entra en nuestra comprensión, lo que los hombres llaman espíritu". En el diálogo entre Oinos y Agathos pretende sondear el misterio de la divina inteligencia; así como en los de Monos y Una y de Éros y Charmión penetra en la desconocida sombra de la Muerte, produciendo, como pocos, extraños vislumbres en la concepción de su espíritu en el espacio y en el tiempo.

RUBEN DARIO

(1) Santo Tomás: *Teodicea*, XLIV.

La figura de Ligeia

(Traducción de E. L. Verneuil)

Era alta, un poco delgada; y en los últimos días había enflaquecido mucho. Inútilmente trataré de describir su aire majestuoso, su sereno continente, su incomprendible ligereza y la soltura de su paso.

Iba y venía como una sombra; de modo que nunca echaba de ver su entrada en mi despacho sino por su dulce voz musical. En cuanto a la belleza de su rostro, ninguna belleza la igualó jamás; era la imagen de un sueño producido por el opio, una visión aérea y seductora; pero sus facciones no se habían vaciado en ese molde regular que falsamente se nos ha enseñado a reverenciar en las obras clásicas del paganismo. *No hay belleza exquisita*—dice lord Verulam, hablando con mucha exactitud de todas las formas y de todos los géneros de hermosura—*sin cierta extrañeza en las proporciones.*

Sin embargo, aunque yo viera que el rostro de Ligeia no se distinguía por una regularidad clásica, y aunque comprendiese que su belleza era verdaderamente *exquisita*, penetrándome de su *extrañeza*, inútilmente me esforcé por descubrir un conjunto irregular y reconocer lo *extraño*.

Examiné el contorno de la frente, alta y pálida—frente irreprochable—¡qué fría es la palabra aplicada a una majestad tan divina!—El cutis rivalizaba con el más puro marfil: la anchura, la expresión serena, la graciosa prominencia de la región de las sienes, la

cabellera negra como el azabache, lustrosa, abundante, rizada naturalmente y mostrando todo el vigor de la expresión homérica, *cabellera de jacinto*: tal era el conjunto admirable de la cabeza.

Al contemplar las líneas delicadas de la nariz, no recordé haber visto semejante perfección sino en los graciosos medallones hebraicos: presentaban el mismo tipo, la misma superficie tersa y uniforme, igual tendencia a lo aguileño, casi imperceptible, idénticas fosas nasales armoniosamente redondeadas, que revelaban un espíritu libre. En cuanto a la boca, verdaderamente encantadora, era el triunfo de todas las cosas celestes; la vuelta graciosa del labio superior, algo corto, la expresión voluptuosamente tranquila del inferior, los hoyuelos y el color por demás expresivos; y los dientes, en que iban a reflejarse, como una especie de brillo, los rayos de la suave luz producida por las sonrisas serenas y plácidas. Analicé la forma de la barba, y en ella observé también la gracia, los suaves contornos, la magestad, la plenitud y el espiritualismo griegos; ese contorno que el dios Apolo solamente reveló en sueños a Cleómenes, hijo de Cleómenes de Atenas.

Por lo que hace a los ojos, no encuentro modelo en la más lejana antigüedad: tal vez en ellos se ocultaba el misterio de que nos habla lord Verulam, creo que eran más grandes que los del resto de la humanidad, más rasgados que los hermosos ojos de gacela de la tribu del Valle de Nourjahad; pero sólo a intervalos, en momentos de excesiva animación, notábase singularmente esta particularidad. En tales instantes su belleza era, o por lo menos así parecía a mi espíritu enardecido, la belleza de la fabulosa Hurí de los turcos. Las pupilas eran de un negro brillante y las pestañas muy largas; las cejas, de un dibujo ligera-

mente irregular, tenían el mismo color: pero la *extrañeza* que yo observaba en los ojos no dependía de su tinte, de su forma, ni de su brillo, y por lo tanto debía atribuirse a la expresión. ¡Ah! ¡Palabra sin sentido, vasta latitud en que se concentra toda nuestra ignorancia de lo espiritual! ¡La expresión de los ojos de Ligeia! ¡Cuántas largas horas he meditado sobre ella! ¡Cuántas veces durante toda una noche de verano, me esforcé para sondearla! ¿Qué era ese no sé qué, esa cosa más profunda que el pozo de Demócrito, que estaba en el fondo de las pupilas de mi amada? ¿Qué era? Estaba ansioso por descubrirlo. ¡Aquellos ojos, aquellas grandes pupilas habían llegado a ser para mí las estrellas gemelas de Leda, y para ellas era yo el más ferviente astrónomo!

EDGAR POE.

Las tres doncellas

(Traducción de Teodoro Llorente.)

Tres doncellas cogidas de la mano,
al campo van cuando serena expira
una tarde apacible de verano.

Una canta feliz. Otra risueña
levantando los ojos, dulce sueña.

La tercera suspira.

—¿Qué es el amor?—pregunta la dichosa.

La que sonríe y sueña rumorosa
contesta:—Ese misterio aún se me esconde;
mas leí, no sé en dónde,
que la vida sin él nunca fué grata.

—Yo le conozco—la última responde.

¡Le conozco y me mata!

AQUILES MILLIEN

La educación del carácter

Por C. O. BUNGE

El pensamiento predominante en las teorías educativas y en las más adelantadas prácticas pedagógicas del siglo XX es, en términos generales la supremacía de la educación propiamente dicha sobre la instrucción. La educación así entendida implica, no determinados conocimientos, sino una educación ética y capacidad intelectual. La orientación ética se circunscribe frecuentemente, y no sin relacionarla con la capacidad intelectual, al problema de la *educación del carácter*. Puede, pues, principiarse por un estudio de la "educación del carácter" la exposición analítica, crítica y sintética de las ideas y costumbres de la educación contemporánea.

Es de advertirse que, a requisición de Stuart-Mill, algunos autores estudian una *ciencia del carácter* o de la "formación del carácter" especialmente desde el punto de vista nacional y colectivo, llamándola *etología*. La etología, dentro de la corriente de las ideas contemporáneas, sería la mejor base de toda educación individual y social. Tal es al menos el concepto del gran lógico inglés.

Cada hombre y cada pueblo poseen un carácter que es algo como el *modus operandi* de su espíritu. Pero hay caracteres fuertes y caracteres

débiles; caracteres buenos y caracteres malos. El único medio de perfeccionarlos, vale decir, de mejorar las condiciones de herencia y medio ambiente, es la educación. ¡Educando el carácter se hace el futuro!

En suma, el carácter es el *quid* enigmático del libre albedrío, así como el libre albedrío es el enigmático *quid* del hombre. Ataquemos la esfinge en el corazón de la esfinge. ¡Eduquemos el carácter!

Respecto de esta educación, la instrucción es de secundaria importancia, porque el carácter depende más de lo que se siente que de lo que se sabe. Como que arraiga en la inconsciencia y en los movimientos reflejos....

Educando el carácter individual se educa el carácter social; educando el social se educa el individual. Pero conviene, cuando se educa el carácter del niño, estudiar: 1º, el carácter del niño en relación a sí mismo; 2º, el carácter del niño en relación a su pueblo. Débense corregir los defectos personales y los defectos sociales. Por esto, aunque la educación del carácter individual y la educación del carácter social sean una misma y única cosa, para mayor claridad expositiva es menester separarlas. Al estudiar la educación del carácter individual pueden concretarse, en abstracto, los ideales que deben sugerirse y los hábitos que se han de inculcar a todos los hombres; al estudiar la educación del carácter social, deben señalarse los principales defectos de raza y de medio que conviene combatir.

El carácter varía con las edades y las vicisitudes de la vida. Es evidente que la edad transfor-

ma, a lo menos, las *apariencias* del carácter. Con todo, fácil es observar que muchas personas de carácter juvenil lo conservan así hasta la senectud y que hay niños que poseen espíritus de ancianos. Se dice que las grandes crisis de dolor, las largas enfermedades, así como la excesiva prosperidad, cambian el carácter de los hombres. Pero el carácter es algo más que la irascibilidad, la condescendencia, el humor. Generalmente un cambio de carácter no supone, en realidad, más que la presentación de una fase antes oculta del carácter: el desdoblamiento de un otro yo del temperamento que dormitaba en la inacción. Hay una base en el carácter de cada hombre que es como la quinta esencia de su espíritu, y que perdura hasta la muerte. Solo ciertas dolencias muy graves pueden falsearla. En el carácter se halla, por lo tanto, un punto de partida inmutable, "genio y figura", de donde surge una elipsis que la vida puede cerrar o ensanchar. Y es evidente que conviene afirmar los rasgos más nobles del carácter, y que en la infancia, la educación hasta cierto punto lo puede. Evidente paréceme asimismo que, una vez formado el carácter, el individuo resulta más apto para aprovechar los favores de la fortuna y más fuerte para resistir los embates de la adversidad.

También los pueblos varían de carácter como los hombres, a través de las edades y las circunstancias. Pero el fondo queda siempre el mismo; los galos de Tito Livio son los franceses de Taine. Y hay que cultivar ese fondo! Porque "ningún pueblo será grande, como dice Stael, si no cultiva su propio carácter". Al manzano no se le pueden

pedir lirios; hay que cultivarlo como manzano para que dé sus esmaltados frutos.

Definido ya el carácter en el anterior párrafo y preconizada en éste su importancia pedagógica, paso a definir también su educación. Recordaré que el uso vulgar involucra una cierta dualidad en la concepción del "carácter".

De esta dualidad podríamos fácilmente inducir que educar el carácter es, en general, el desarrollo del poder de la voluntad y del esfuerzo; en especial, la aplicación útil y moral de este esfuerzo. Lo primero corresponde al concepto psicológico del carácter; lo segundo, al concepto ético.

De acuerdo con lo expuesto en el párrafo anterior, es posible dar también una definición más técnica de la educación del carácter. Consistiría esta educación: 1º, en formar la virtud de la voluntad; 2º en descubrir la mejor vocación del educando; 3º, en determinar su voluntad hacia el cumplimiento máximo de esa vocación.

Pero ¿cómo formar la virtud de la voluntad? ¿Cómo determinar su voluntad en el sentido de su vocación mejor, de la más íntima y sincera? Para ello, para la educación del carácter, veo sólo dos medios eficaces: *sugerir ideales e inculcar hábitos*.

Entre los ideales, hay uno supremo: el del carácter mismo, que es como el resumen de todos. Sugerir el ideal en un hombre modelo, arquetipo de voluntad, dechado de virtudes, es la *última ratio* de la ética, de la historia, de la filología. Es algo como la concentración, como la condensación suma de los demás ideales, de los senti-

mientos, de las aspiraciones. El papel más grande del pedagogo es construir ese ideal como un muñeco, darle vida y señalarlo a la simpatía de los educandos, desde todas las cátedras, con estas palabras divinas: *Ecce homo!*

Puede decirse genéricamente que en todos los pueblos civilizados la instrucción pública se encarga hoy de formar los ideales de las nuevas generaciones, y puede asimismo decirse que en todas las ramas de la enseñanza cabe y se deben inculcar ideales. Especialmente se cultivan en el estudio de la historia, la moral y la instrucción cívica. La historia presenta los más grandes ejemplos. La moral señala las mejores virtudes. La instrucción cívica enseña al ciudadano sus deberes políticos. Todavía la lógica y las matemáticas forman ideales de sobriedad y precisión; las ciencias naturales, de realismo.... Pero más que la historia, la moral, la instrucción cívica, más que todas las asignaturas contribuye el cultivo del patrio idioma. Si la gramática infunde prácticamente la lógica de la frase y el raciocinio, el conocimiento, de las más bellas páginas de literatura es lo que, por la emoción estética que provocan, tiende mayormente a infundir el culto de la Belleza, la Verdad, la Patria, el Valor, las más nobles virtudes y los más grandes ideales. (*)

(*) Véase en el número 32 de esta revista del capítulo "Sugerencias ideales", del mismo autor.

EL SUGERIMIENTO DE IDEALES EN LA ENSEÑANZA DEL IDIOMA PATRIO.

Es el lenguaje la primera palanca de la humana cultura. Quitad al hombre el lenguaje, y retrogradará más atrás de la barbarie y el salvajismo, a una época siniestra, a la vida puramente animal. Si la humanidad aprovecha la división del trabajo colectivo es porque sabe hablar, y si utiliza la experiencia histórica, a modo de "un hombre que siempre aprende y nunca muere", es porque sabe escribir. Sin la palabra, el hombre se pierde en el nebuloso estado de sensación; el pensamiento hablado es como la luz que ilumina, dentro de nosotros mismos, el íntimo teatro de nuestras sensaciones. Por eso saber hablar es saber pensar. Por eso saber hablar es, si no sentir, saber hacer sentir. La palabra hablada y escrita es, pues, un hecho tan positivo como las acciones materiales, ¡y hasta más positivo aún, si se tiene en cuenta el supino dinamismo de las ideas!

Los pueblos poseen su alma social, y la mejor expresión de esta alma es el patrio idioma. ¡Hay que decirlo bien alto! Los hombres "prácticos" no deben ya ignorar el valor práctico del idioma. Los patrioteros que piden "hechos y no palabras" han de saber que el lenguaje es el primero y más grande de los hechos humanos, ¡el hecho por excelencia! Porque el vulgo, y al decir el vulgo quiero significar una inmensa mayoría, ha dado hoy en mirar con la olímpica indiferencia, cuando no con el desprecio de la ignorancia, todo lo que ata-

ñe al estudio y al culto de la lengua nacional. Conveniente es que ese vulgo no olvide que por idioma, gramática y retórica, no se entienden meras teorizaciones filosóficas, escolares pedanterías o purismos pueriles, ¡no! El problema del idioma es, en parte, el problema del carácter nacional; su culto es el culto del patriotismo; su estudio es el del razonamiento, y por ende, el desarrollo de la lógica del espíritu.

Sin perjuicio de los estudios científicos en su tiempo y oportunidad, el conocimiento de la lengua debe ser la base de toda cultura, vale decir, de toda enseñanza. En Alemania, en Inglaterra, en Norte América, en todos los países progresistas del globo lo es, puesto que forma el fondo de la instrucción primaria y una parte principal de la instrucción preparatoria. ¿Por qué no lo habrá de ser también entre nosotros, puesto que poseemos, aunque poco cultivado, uno de los más hermosos, si no el más hermoso de los idiomas? ¿Negaremos al castellano su extraordinaria flexibilidad y poliforme riqueza? Me diréis que, en nuestro siglo, comparado al francés o al alemán, le falta flejeza y precisión, y que ello es un mal para formar la lógica del carácter nacional y difundir la ciencia.... ¡Perfectamente! Pero ¿no es remediable este mal con el conocimiento y el continuo floreo de la lengua? La lengua castellana es todavía como una basta y secular selva virgen. El escritor debe entonces considerarse un *pionner*, penetrándola hacha en mano. ¡Y no me citéis los clásicos, los magníficos clásicos! Si quremos estar a la altura de la civilización contemporánea, debemos conocerlos, estudiarlos, desmenuzarlos....

¡pero nunca imitar su grandiosa ampulosidad y su énfasis! Ya la gente no se admira como antes, ni tiene tiempo de declamar ni oír declamaciones; quiere que la frase sea rápida, fina, lógica, precisa. Como cada hombre, cada siglo tiene su estilo. ¡Y el estilo del siglo, como el estilo del grande hombre de letras, no es todo espontaneidad, que tiene también estudio y labor, hachas y podaderas! En una palabra, estudiemos y aprovechemos los inapreciables factores y elementos de la literatura clásica, estudiemos los antiguos.... para ser modernos.

Así, no sólo las ciencias contemporáneas nos pueden hacer el alma moderna. A la par y hasta antes de ellas está el estudio del idioma. ¿Necesitanse mayores argumentos para encarecer su importancia? ¿De cuál asignatura se diría, como de ésta, que ilustra, que educa, que dignifica, que forma el raciocinio, que eleva el alma, y que es tan indispensable al pensamiento como el aire a nuestro organismo, que es el medio y los extremos, el objeto y el sujeto, el principio y el fin?

Razón hubieron los griegos en basar toda la educación intelectual en la dialéctica, y los escolásticos en el silogismo, ya que su torpeza para usar el hipérbaton latino les reducía a forma tan rudimentaria, y sin embargo tan difícil..... "La lengua, y sobre todo la sintaxis de la lengua—ha dicho Cánovas del Castillo,—es la expresión más acabada de toda raza, de todo pueblo, en cualquier tiempo; no hay que disputarle esta primacía, porque en la lengua van envueltos todos los sentimientos morales, va envuelto todo lo espiritual: la lengua es el alma exteriorizada." Pero

hay más aún: no sólo el cultivo de la lengua es el de la propia alma; no sólo es él la mejor gimnasia de la inteligencia, sino también, ¿cómo podrían desarrollarse mejor los ideales del alma que en el estudio consciente de las ricas joyas de la literatura nacional? Y ¿cómo realizar tal estudio sino encauzándolo en el del propio idioma? "Ningún pueblo será grande si no cultiva su propio carácter." Y su carácter es su idioma, su idioma es su literatura.

La enseñanza del idioma patrio, ya por su valor instructivo cuanto educativo, presenta en las repúblicas hispanoamericanas un problema especial que conviene resolver clara y definitivamente. Hásele enunciado así: "¿Debe propenderse en Hispano-América a conservar la unidad de la lengua castellana o es preferible la formación de dialectos o idiomas nacionales en cada república?" En otros términos: las naciones hispanoamericanas, aislada cada una o bien en grupos regionales, ¿formarán su propia lengua o hablarán siempre la lengua castellana?.....

Indudablemente es que el problema no puede ser resuelto por un hombre, una academia, un congreso, sino por los pueblos y por los años. El volapük es una utopía, porque cada civilización se hace su lengua y cada lengua tiene su alma, una alma que evoluciona por el humano esfuerzo, pero que ningún poder humano puede destruir..... Como los demás, el idioma español tiene también la suya, que todos los neologismos de América no podrán estirpar; y así mismo cada república hispánica de América tiene su carácter, su estilo nacional, que no siempre encua-

dra, a pesar de sus afinidades hereditarias, con los de la lengua castellana.... ¿Cómo conciliar ambas premisas, casi antagónicas? ¿Cómo amalgamar el clásico y típico énfasis cervantezco de la lengua madre con la precisión y la delicadeza de "ciertos elegidos hispano-americanos, espíritus esencialmente modernos?"....

Para comprenderlo, hay que mirar el problema con imparcialidad y altura y no pedir el imposible de un fosilización del arcaico idioma metropolitano, ni pretender el absurdo de una absoluta prescindencia de su inmortal índole. Por una parte, algunos neologismos y extranjerismos suelen ser indispensables, porque la lengua no da, en su diccionario, todas las *nuances* que irisan el pensamiento cosmopolita de esos pueblos nuevos; por otra, no es factible abstraerse de la antigua alma de la lengua, porque esa alma ni se pierde ni se improvisa. Antes de inventarse la escritura, aun antes de inventarse la imprenta, los idiomas variaban rápidamente, de valle en valle, de generación en generación. Hoy los libros clásicos dan estabilidad al lenguaje y la escuela y la imprenta lo difunden. Todos los pueblos españoles, por ejemplo, conocen las mismas grandes obras de la literatura castellana antigua y moderna, y se guían por los mismos principios gramaticales. El más ignorante ciudadano de España y América oye hablar y comentar siquiera el español de los periódicos populares. De ahí una tendencia unitaria, lógica y progresista en el estado actual de nuestra civilización..... Con diferencias regionales, el idioma entero evoluciona. Y el mejor medio, acaso el único, para

que esa evolución sea de progreso y de perfeccionamiento, está ya dado: estudiemos a los clásicos, no para imitarlos servil y anacrónicamente, sino para utilizar sus armas y tesoros en el modernizamiento de la lengua, en poner la lengua al diapasón de nuestras almas.....

¡ Estudiemos a los antiguos para ser modernos !

Resuelto así el problema general de la lengua castellana, queda también resuelto el especial problema del porvenir del castellano en América. El tiempo y la cultura le darán la solución que tiende, no a crear distintos idiomas y dialectos, antes bien, a modelar, a *adaptar* el vigoroso y rudo lenguaje de los hidalgos conquistadores al nuevo espíritu de sus demócratas descendientes. Y como el siglo es uno y único en todos los países civilizados del mundo, posible es que la evolución sea semejante en las naciones hispanoamericanas como en España. Todas cuentan para la obra el riquísimo material de su idioma hablado y sus clásicos.... En suma, la evolución es conveniente y fatal; pero ella, antes de destruir conservará, fijará y depurará, bien que con diferencias regionales, la incommovible unidad de la lengua castellana.

Desde el punto de vista de la educación del carácter, del sugerimiento de ideales, la clásica literatura española ofrece obras maestras que no podrían en ningún caso sustituirse por las producciones hispanoamericanas. Hispano-América no ha alcanzado todavía una edad de oro de pensamiento y literatura. Las agitaciones de su breve vida independiente no han madurado

aún su genio; la mayor parte de sus escritores son hombres de lucha de aquellos que Daudet llamara "literatos de pie"; sus libros se resienten de la rapidez consiguiente a la falta de consagración profesional de los autores. Pero no debemos desesperar. Día vendrá en que la cultura hispanoamericana sea un medio propicio a la verdadera gloria literaria, exclusivamente literaria. Entonces las nuevas repúblicas tendrán también sus propios clásicos, dignos de figurar en universales antologías. Para que ello ocurra cuanto antes, ya está indicado el medio; la enseñanza objetiva y subjetiva del idioma. Cultivemos, pues, nuestro idioma, no para la corrección y la retórica en sí mismas, sino para que nos fecunde nuestro espíritu, a modo de un generoso caudal de agua que deposita sedimentos de humus en ancha superficie. Sobre nuestro suelo privilegiado el sol de la historia hará germinar las ideas como granos de trigo.

FORMACION DE HABITOS

"La costumbre—dice una frase popular—es una segunda naturaleza" "La función—afirman los naturalistas—hace el órgano! Todo esfuerzo o estado de conciencia que se repite diaria y regularmente durante un lapso de tiempo bastante largo—enseña la fisiología y la psicología—tiende a reproducirse *como por sí mismo* cuando se le ha suprimido, o sea tiende a aprovechar, casi inconcientemente, cualesquiera circunstancias para repetirse. En este principio se basa la gimnasia sueca, al sostener que "la fuerza se adquiere sin

sentirse", no por esfuerzos violentos y ocasionales, sino por pequeñísimos esfuerzos repetidos sistemáticamente durante un tiempo suficiente. En el orden psicológico, fácil es apercibirse de que un ejercicio mental cualquiera desarrolla aptitudes singulares; si el intelecto se ha acostumbrado a él, cuesta suprimirlo; aun suprimido se le extraña, y llegada una nueva oportunidad propicia, vuelve a producirse como impulsado por la fatalidad.... Los *intelectuales* modernos lo son, pues, por idiosincracia y por hábito. El periodismo suele presentar curiosos ejemplos del poder del hábito para la producción literaria. Un hombre que trabaja como periodista durante dos, tres o más años, acostumbrándose así a escribir todos los días durante varias horas, si se le suprime su tarea y goza aún de todas sus fuerzas mentales, más tarde, en cualquier momento de su vida, con cualquier pretexto, una tendencia latente de su organismo le impulsará a escribir y escribir de nuevo como antes, cartas, artículos, libros, lo que sea; la cuestión será escribir....

Los psicofisiólogos explican el fenómeno de repercusión casi involuntaria de los hábitos psíquicos por ciertas localizaciones cerebrales, cuya actividad nerviosa produce una mayor irrigación regional de sangre.

Como todas las circulaciones locales, la cerebral se efectúa por presión sanguínea de las arterias del cerebro. De ahí que los autores populares supongan "casos de anomalías circulatorias" a los más tenaces especialistas, quienes poseen la arteria que irriga las determinadas circunvoluciones de su especialidad, de un diámetro mayor que el

normal. Este ensanche podría adquirirse aplicando la voluntad sobre los hábitos de pensamiento; una vez adquirido, propendería a repetirse involuntaria, indefinida y eficazmente, mientras circulara sangre sana por el cuerpo. Es un fenómeno casi mecánico; él explicaría la predilección de ciertos sujetos por determinadas actividades o estudios, que siguen cultivando a través de todos los obstáculos, sustrayéndose al medio en que viven. Las predisposiciones hereditarias completan esta explicación. Pero es preciso observar aquí que la fisiología enseña que la afluencia de sangre es más un efecto que una causa de actividad nerviosa..... De todos modos, en psico-fisiología, facilitar los efectos es facilitar las causas.

Queda, por lo menos, empíricamente establecido que *los hábitos tienden casi mecánicamente a repetirse.....* Aplíquese esta ley psicofisiológica al principio pedagógico de que *los ideales son directores supremos de la conducta de los hombres.* Luego conviene inculcarlos desde la infancia en los *hábitos mentales*, o mejor dicho, en los *hábitos psicológicos*, por referirse, no sólo a la inteligencia, sino igual, y hasta principalmente, a la sensibilidad, a la efectividad..... Pero hay más. Ninguna edad más apta para arraigar en el alma humana que la infancia, por su psicología sugestionable e ingenua. Hay así una *doble* razón para que la educación trate preferentemente de sugerir ideales en los hábitos psicológicos desde la niñez: la trascendencia de esos ideales y su mejor receptividad en aquella época de la vida. Si los ideales son las fuerzas di-

rectivas de la vida, los hábitos son la práctica de los ideales.....Debe cuidarse, empero, que el hábito que se quiera inculcar no contraríe demasiado nuestra naturaleza, porque entonces puede hacerse contraproducente, provocando grandes reacciones inhibitorias o excesivos desgastes.

Israel

Racimo de la Tierra Prometida,
lo desgranó la tempestad. El era
—pueblo dilecto—el arco y la bandera
de un culto milenario. Su atrevida

conciencia, como entonces, está encendida
con los carbones de la fe primera.
¡Y aún la llegada de su Dios espera
por las cumbres del tiempo y de la vida!

Como Israel, el alma desolada
cifra su redención en la llagada
de un bien que sin reposo está esperando....

Ay ! Cual Jesús junto a Israel dormido
llega a nosotros—nunca comprendido—
y pasa el bien sin que sepamos cuándo!

F. JARAMILLO MEDINA

(*Colombia*. Medellín, Colombia.)

Hablan los críticos españoles

950 -

Cristóbal de Castro es el orden, el método, la disciplina interior y la extensa cultura, medrosa de manifestarse. También es el gusto delicado y exquisito. Y otra condición más grande aún, la naturalidad, que en raro contraste, se junta a la variedad. ¿Sabéis qué es ser un escritor natural? Lo es ser todo. Es tener todas las influencias, sin dejarse influenciar por ninguna influencia. Es amalgamar lo clásico—clásico no es lo antiguo, sino lo más perfecto de un género—con lo aún indefinido y disperso. Es asimilar, sin ceder. En una palabra, poseer el dón peregrino de la sencillez, la claridad y la penetración. El ser o el no ser del escritor está en la naturalidad. Y naturalidad no es descuido, como algunos creen, ni mucho menos licencia. Es, sencillamente, el arte de producir con perfección.

Cristóbal de Castro, alto y excelentísimo poeta, no ha circunscrito su actividad al cultivo de una sola cosa. Hombre moderno, en el más amplio sentido, ha necesitado explayar su espíritu, recreándolo en todas las manifestaciones de la poligrafía. La historia, la crítica, la novela, la sociología, el teatro, han hallado en él un felicísimo cultivador. Y poco a poco, pero con paso seguro, ha sabido conquistarse uno de los más sólidos prestigios de la actual juventud literaria.

—¿Hay o no hay críticos en España?—le hemos preguntado.

—No, señor,—nos ha contestado—; no hay ningún crítico en España.

—¿Ninguno?

—Ninguno. Y si lo hubiera, sería una lástima.

—¡Hombre! Eso es interesante. Veamos.

—Sería una lástima que en España hubiera un crítico, atendido lo que aquí se entiende por crítico.

—Y ¿qué se entiende aquí por crítico?

—Se entiende el dómine bosco y frío, chapado a la antigua, odioso, negativo y detestable.

—Y ¿éste no lo hay?

—Creo que no. Y si alguno cae bajo esta denominación y aspecto, debiera desaparecer, porque maldita la falta que hace.

—¡Bravísimo, señor de Castro! ¿Quién habrá de darse por aludido?

—Dése quien quiera. En cambio, si no hay, o mejor, no debe haber esta planta de crítico, sí hay crítica.

—¿Crítica sin críticos? Estoy pendiente de sus labios.

—Y crítica admirable. Hoy se escriben bellos artículos de crítica, notables por sus tendencias, sus enseñanzas, su fondo y su forma. La crítica, a mi modo de ver, debe ejercerse por el artista, por el escritor, por el compañero; no compañero en el sentido amistoso. Por ejemplo, juicios críticos, hermosos, acertados, sintéticos, que dan una visión de arte, los tiene usted en la condesa de Pardo Bazán. Ocho, diez o quince líneas, que bastan y dan la exacta y verdadera sensación crítica de una obra. Y así en otros varios escritores. Yo no soy partidario de la crítica meticulosa y dogmática, en todos los tiempos de eficacia nula, ni tampoco de que aquel que critica critique cuanto salga a luz.

Háblese de aquello que merezca la pena. De lo que no, ¿para qué? Además, que hoy, por la exuberancia de producción, sería imposible ocuparse de todo. En otra época tal vez esto se hiciera con relativa facilidad. Ahora no hay que pensar en ello. Ha muerto el crítico profesional. Cuando surgen obras de mérito, la crítica se ocupa de ellas. Reciente está el caso de *Volvoreta* y de *El Luchador*, a cuyas novelas se han dedicado ocho o diez trabajos de crítica en la prensa de Madrid.

—¿Qué escritor español prefiere usted a todos?

—Pérez Galdós, y no sólo en la novela, ... también en el teatro. A Pérez Galdós, le considero el escritor más grande de Europa.

—¿Tiene usted grandes esperanzas en la juventud literaria?

—No, señor, soy bastante pesimista. No sobresale particularmente, ningún escritor joven. En ninguno se advierten arrestos grandes, arrestos no ya que puedan compararse con Galdós o Benavente, sino que ni siquiera a larga distancia. No hay originalidad. Los escritores jóvenes están hartamente influenciados, y lo peor de todo es que su influencia no es clásica, que esto ya sería un gran mérito; están influenciados de una literatura extranjera y perniciosa muchas veces. Hoy se estudia bastante; pero se ha olvidado la educación clásica nacional. Se estudia, además, sin método, sin disciplina, a retazos, sin profundizar, de un modo que pudiéramos llamar enciclopédico. Y hay jóvenes de talento, sin duda. Yo leo entusiasmado, por ejemplo, a Jacinto Grau, muy hondo, muy psicólogo, muy correcto en la forma. Y ¿qué hemos de decir de Javier Gómez de la Serna? Yo le considero un muchacho

de grandísimo talento, de una originalidad rara, colorista y deslumbradora. Defectos tiene, exageraciones, aún no está acabado de formar; pero creo en su triunfo, por que palpita un algo nuevo en sus escritos, una visión y una sensación hasta ahora insospechada, tanto de las personas como de las cosas.

—¿Qué me dice usted de la retórica en los escritores?

—Grandes escritores fueron grandes retóricos, sin excepción alguna. Observe a Shakespeare, a Cervantes, a Quevedo. No puede llegar la retórica a más. Retórico en literatura suena a elegido. Y es que, digan lo que dijeren, no hay genio lego, y el genio es siempre un gran literato, y como tal, un gran retórico.

—Entre todos los escritores españoles, ¿quién cree usted que ha dominado mejor el idioma, que ha escrito con mayor pulcritud y riqueza de léxico?

—Quevedo, con gran ventaja sobre todos. Cervantes es el gran genio de la originalidad, del pensamiento, del sentimiento, de la creación del héroe, de la novela. Pero lo que es escribir el castellano, no hay nadie comparable con Quevedo. Don Francisco raya en lo inverosímil en este sentido.

—Cómo escriben los literatos, poetas o periodistas de ahora, de la última hornada?

—Muy desaliñadamente. Juzgo un error que lo de menos sea en el novelista el estilo. ¿Cómo es posible que se diga esto? ¿Es el estilo algo tan despreciable? ¿Podría darse el artista sin el estilo?

Hoy se escribe demasiado vulgarmente, en una prosa sin alma, sin sonoridad ni vibración, una prosa fría, sin pensamiento, sin metáforas, sin imágenes, algo, en fin, muerto, que no revela sino su-

perfidialidad, apresuramiento; prosa, en una palabra, periodística, en lo que el periódico tiene de por fuerza que estar desaliñado de lenguaje, en el suceso, en el telegrama. Cuando no se advierte dicho defecto, la prosa tiene otro peor, el estilo mazorrall leguleyesco o el estilo desdichadísimo de los que imitan el de las traducciones, hechas generalmente por individuos que no conocen ni el idioma que vierten ni el suyo propio. Pues en lo que respecta al léxico, el número de vocablos que se emplea es limitadísimo. Y como ya, todos, en mayor o menor parte se hallan contaminados de este defecto, cuando un escritor es rico de términos tiénesele por afectado. Naturalmente, y las palabras saben unas a desusadas y otras a nuevas.

—Volviendo a los jóvenes, *Azorín* acusa a la juventud literaria de hoy de carecer del sentimiento de rebeldía. ¿Qué le parece?

—¿Qué me va a parecer? ¿Qué puede parecerme, dicho por *Azorín*? Todos pueden hablar de esto, menos *Azorín*. *Azorín* se ve en su interior y pide para los demás lo que no ha sabido conservar para sí propio. No deja de tener gracia. Si es *pose*, puede pasar.

—¿Qué le parece *Azorín*?

—*Azorín* es la proporción, la discreción, el recato literario y el pudor patriótico. Este creo que es su retrato. Pero más que en Montaigne y que en Gracián, sus venerados maestros, el mote de *Azorín* está en aquella frase de Luciano de Samosata: "De nada, demasiado."

—¿Cuál es su opinión sobre Benavente?

—Su teatro es proteico y abarca horizontes universales. Ha aprendido de Shakespeare el mundo de las pasiones y de Molière la feria de los carac-

teres. Por eso su dramaturgia no es nacionalista ni costumbrista, sino humanista. La ideología de su teatro es la indulgencia y el ingenio su técnica. Y el motivo sobre que gira toda su labor es la eterna lucha entre el espíritu y la materia. Benavente es un escritor de talento excepcional.

—Y de Valle-Inclán, ¿qué me dice usted?

—Valle-Inclán fué nuestro condestable y es el anacoreta literario por excelencia.

—No deja de tener gracia la definición.

—Sí; ahora, que su *gesta* no es conversión, sino tránsito filosófico. A semejanza de los monjes de Piccolomini, canta a los tullidos y a las cortesanas y lleva como don Alvaro la espada bajo el sayal.

—¿Le gustan las *Sonatas*?

—Mucho. Son joyas renacentistas engarzadas con un arte perfecto a la diadema de la melancolía. A Valle-Inclán pudiéramos llamarle nuestro Sófocles, o nuestro Maeterlink, o nuestro Gabriel D'Annunzio.

—¿A elegir?

—Sí, a elegir... De Sófocles tiene usted las tragedias bárbaras, *Voces de gesta*, su *Rey Carlino* que es el *Marco Grático* de D'Annunzio y la *Monna Vanna*, de Maeterlink. Todas estas obras acusan la misma inquietud espiritual.

—¿Qué le parece a usted Blasco Ibáñez?

—Es un escritor fastuosamente colorista, cuyas obras poseen una robusta complejión, ideología y apostolado populares, plásticas, fuertes, intensas y hasta ágricamente irónicas.

—¿Y Ricardo León?

—Yo le llamo un rezagado de los siglos con nombre de Templario y condición pacífica. Sus obras

primeras, como *Casta de hidalgos* con su briosa ampulosidad, su colorido épico, sus himnos a la religión, a la hidalguía y al viejo honor castellano, fueron como una alucinación histórica, una resurrección clasicista de la que se hizo bandera contra el llamado *modernismo*. Luego cambió bastante, y hasta escribió obras que parecían abjuraciones o cuando menos transigencias, como *Comedia sentimental*, airosa y delicada; *Alcalá de los Zegríes*, de realismo alarconiano, y *Los Centauros* a pesar de que el estilo inicial reaparece frecuentemente.

LUIS ASTRANA MARIN.

Madrid, setiembre de 1917.

(*La Revista*. Carácas.)

La guerra nos ha demostrado ya—una vez más—que la fuerza bruta es más aparatosa que efectiva: los cañones formidables, las grandes masas de soldados, las olas de fuego, las máquinas infernales, todo puede improvisarse, imitarse y contrarrestarse cuando llega el caso. Lo que no se improvisa, ni se imita fácilmente, es la educación, la cohesión espiritual de un pueblo, así como lo que no se aniquila con facilidad, aunque se aplaste militarmente, es el porvenir de otro pueblo, consciente de sí mismo, de su destino nacional y de sus derechos a la Libertad.

JOSE ANTONIO RAMOS

El alfiler de oro

Crónica de viejos tiempos.

—¡ Como la piel tienes el alma! Ni una palabra más! Ya te había dicho que no te asiste ningún derecho para espiar a tu señora, y que no tolero por ningún motivo que vuelvas con embustes que a todos manchan..... Si empiezas de nuevo, te arranco hasta la lengua.

Y don Pedro de Ulloa salió colérico de la estancia, el puño sobre la espada, dando un fuerte portazo.

El fiel servidor quedó atontado, los ojos en agua, mirando al suelo. No estaba acostumbrado a semejante trato; menos ahora, cuando sólo pretendía evitar la deshonra que se entraba por aquella casa, la casa de sus amos, en donde había nacido y a la que consagrara todas las palpitaciones de su corazón de mulato. El señor siempre fué recio de genio, con propensión a sulfurarse por una nonada; pero nunca una mala palabra para nadie, ni menos una amenaza. Al presente existían motivos para encender la sangre de un triste mortal, máxime de un hidalgo altivo; mas no era el viejo criado el culpable, ni el acreedor a malos tratos. Muy al contrario: sus humillaciones no tenían otra mira que la de poner valla al ultraje diario, sospechado ya de la servidumbre y hasta de gentes de la calle, e ignorado sólo por el

afectado directamente..... Si en asunto tan grave habíase atrevido a desplegar los labios, era por conocerlo muy a fondo, casi como testigo presencial; y luego, porque las ofensas a sus amos las sentía ardientes como en propia carne. Por supuesto que si se desdeñaba su celo, tenía de callarse, llorando por dentro, eso sí, la mancilla de seres que para él constituían todo en la vida.

Y cortó el pensar con un suspiro que traducía amarguras y quizá ideas tristes sobre la extraña conducta de los hombres.

Don Pedro, al echarse a la calle, y pasado el primer turbión de cólera, dióse a cavilar por su punta, disgustado en lo vivo por la revelación oída y también por la rudeza con que la recibiera. Tuvo razón, sin duda, al enfadarse con el sirviente, aun cuando en el alma se dolía de las palabras violentas con que lo ultrajó. Como a sér muy querido había mirado siempre al noble negro, que fué para él, en su niñez, la más tierna de las nodrizas, en sus mocedades igual a un hermano mayor, siempre solícito y suave guiándolo por buena senda, sin jamás hacerle sentir la superioridad de la experiencia, y ahora, en la edad del juicio, el compañero leal, celoso de su hacienda y sumiso a sus órdenes y hasta a sus caprichos..... Tanto le quería, cuando la que llevaba al cinto no brilló a plena luz! Fuera otro quien tal torpeza brotara, y un rayo habríalo partido; porque justo es convenir con que ciertas cosas a nadie se le toleran..... ¡Atreverse a tiznar, siquiera con el pensamiento, a doña María, el espejo de la dignidad y la amada entre las amadas, y a don Diego, el amigo fiel por excelencia y el caballero sin

reproche! ¡ No! ¡ Vive Dios! Por menos se teñía el suelo con sangre de villanos....

Por supuesto que una duda quedaba en pié, después de todo. De justicia era reconocer la prudencia del criado y su lengua de oro. Algo muy raro debía haber visto, cuando se aventuraba a envenenar el alma de su señor... O talvez no lo viera. Quizás fuera que una boca de ponzoña, ansiando saciar ocultas venganzas, había vertido en el oído del mulato ese tejido de bajezas, y el mulato, guardián fervoroso del buen renombre del amo, habíaselo creído o por lo menos desconfiado, con ligereza propia de gentes ignorantes... Sí, ligereza... y sólo ligereza... Sin embargo... Cuarenta años sobre la tierra para algo debían servir: si quiera para dudar. No era la duda principio de sabiduría? Sus ojos de hijodalgo, un si es no calavera, muchas deslealtades contemplaron en el mundo, y su propio corazón infinidad de veces palpité enardecido ante la ajena mujer.... Y lo peor era que la ajena mujer no había permanecido indiferente; que el ultraje a un tercero había sido consumado; que en los cenáculos de jóvenes habíase recibido la osadía con vítores y palmas de victoria. Y esto no una sino repetidas veces. Y él se titulaba noble, se titulaba caballero, gastando altiveces de dominador, con la frente erguida sin sombra de mancha... Luego la cosa era natural... Natural? Maldición!... Todo lo natural que quisieran, pero no en el fondo de su hogar....

Su hogar era un asilo lejos del mal, formado con amor, para dar libre curso a las buenas ideas y a las limpias ternuras. Para eso había sabido escoger a la angélica que lo animaba, la mujer de

noble estirpe, toda delicadeza y paz espiritual. Paz espiritual en el rostro de doña María, paz imposible de fingir, resplandor dulcísimo del alma que va por buen sendero, los ojos en luz, sin abri-llantarlos con el fuego del pecado, ni atristarlos con los remordimientos.... Doña María no podía ser traidora, no podía igualarse a las mujeres por él conocidas. Con una boca tan perfecta y virginal como la suya no se mentía; ni una frente tan serena y de tan ascética blancura podía ocultar falsías; ni a mentira podía sonar la música de las frases de aquella boca, puras caricias como de seda para el espíritu: ni el mirar de sus ojos de ingenua, era para percatar vileza. Doña María era inocente... y don Diego también. Dos almas buenas en quienes la malevolencia empezaba a hincar la garra. El noble amigo, su protegido, no sabía la tormenta que se cuajaba sobre él; ignoraba de los perversos, que en las delicadezas advertían infames propósitos y en el afecto fraternal, los rastros de un amor que mancha... ¡Y que se complacieran las gentes en idear tales infamias y soltarlas a los cuatro vientos para martirio de las almas; para hacer sufrir a un sér los tormentos que él estaba sufriendo, sufriendo horribilmente, no obstante no creer en nada.... en nada.....

Y el hidalgo obstinábase en murmurar la negativa, cuando la duda se aferraba más y más a sus entrañas.

No creer en nada.... y sin embargo todo empezaba a verlo de color de sangre, y una ansia de destrucción lo invadía, haciéndole desear frenéticamente la presencia de alguién, provocador e insolente, con quién cruzar el acero, hundírselo una

y mil veces en la carne y dejarlo tendido a sus piés, allí en la calle solitaria.....

No creer en nada, y en ese momento ya no pensaba en D. Diego con el afecto de otros tiempos, sino con un sentimiento de repulsión invencible, tanto más grande cuanto que trataba de ahogarlo en el fondo del pecho. Ya las selecciones del amigo dilecto, tantas veces encomiadas, eran como recuerdo de ofensas, que mientras más en ellas se piensa, más encienden el odio, y hasta la misma evocación de doña María hacíasele aborrecible, contra su querer, que quería sólo la absoluta confianza en la adorada.

Y contra su querer, insensiblemente, reprochándosele al par que lo iba pensando, ideó un plan de conducta, todo lleno de acechanzas, espionajes y calmas traicioneras. Sin darse por notificado, ni variar la apacibilidad de su carácter en el hogar, vigilaría día y noche, hasta confirmarse por propios ojos en el triunfo de la inocencia, o descubrir la más negra de las infamias.

Pero ¿a qué pensar en infamias cuando todo en su casa era limpio y claro como el agua? Sí, limpio y claro: un buen amigo, casi un hermano, a quien se le da asilo; la esposa abundando en ternezas, que por extremarlas con su esposo, festeja al extraño y luego, los malos corazones, espionando por las rendijas y asignándole, al suave calorcillo de la amistad, las complicaciones del crimen. Todo limpio y claro; limpio y claro.....

—Mas si no fuera así..... Siguió el caballero golpeándose el alma contra los dos términos de semejante dualismo, el puño afincado en el de la espada, como quien de una cima se agarra, una lla-

marada de coraje en la mirada y el andar precipitado. No reparó ni siquiera en el asombro de dos dueñas, que de bureo en el portalón de una casa, lo miraron pasar como ánima que arrastra el diablo; ni en el gruñido de un gozque, al que sacó de regalada modorra con lo rápido del paso.

* * *

Juegos de luz hacían los hilos de oro y las lentejuelas sobre la albura de finísimo brocatel, que doña María bordaba, para regalar a la iglesia, en asocio de doña Juana, su madre y señora.

En la sala, tranquila y amplia de un lujo severo, no se advertía otro ruido que el crujido de la tela, al ser estrujada por los dedos aristocráticos de las damas, quienes, las cabezas inclinadas, eran sólo atención para la labor que iba cobrando vida bajo forma de sarmientos de vid, con sus hojas, barrenillas y racimos de dorado frufu, entremezclado todo como simbólicas espigas.

Por una ventana que daba al jardín, entraban una frescura y una paz conventuales, que hacían grato el vivir. Rasgó el aire, de repente, el toque lejano de una campana, que cantaba el Avemaría de las doce.

Doña Juana levantó la cabeza:

—El Angel del Señor anunció a María.....

Doña María contestó y por breve rato siguió la salutación a la Reina del Cielo, en rezo lleno de fervor, de olvido de terrenas cosas, de aspiraciones a lo inefable. Dulcemente la voz de la campana vibraba en el aire, sirviendo de ritornelo a la oración. Terminó ésta, y las señoras volvieron a la obra, reinando de nuevo el silencio en la estancia.

Rompiólo doña Juana con voz blanda de consejo:

—Hija, dijo, insisto en lo que le dije atrás: no conviene en manera alguna la intimidación que gasta usted con don Diego. Puede acarrearle grandes males.

La aludida levantó el rostro encendido en rubores, los ojos muy dilatados:

—Pero, mamá.....

—Sí, hija, sí. Ya me va a decir que lo mira como a un hermano y que don Pedro, que tanto le quiere, es quien mayor empeño pone en que se le atienda debidamente. Está bien. Sólo que él no es hermano suyo, y que el mismo don Pedro, en cualquier momento puede llegar a sentir celos... Todavía no conoce usted a los hombres.....

—Celos, mamá.. ¿Porqué?

—Porque sí; porque así es el corazón humano y así son los hombres. Si una por agradecerlos manifiesta el mismo entusiasmo de ellos por sus amigos, se molestan, y si los mira con indiferencia, también. Hay que saber colocarse en un justo medio... Y usted con don Diego quizá es muy expresiva....

—Expresiva, nó. Le trato con cariño, porque le estimo y está en mi casa.

—Si lo sé. Pero su estimación ni debe mostrarse mucho ni debe ser muy íntima.

Acrecentando el rosa del semblante, ilumináronse los ojos de doña María:

—¿Acaso es un delito?—dijo.

—No sólo lo que es delito es censurable. Tratándose de mujeres, insignificancias de la vida pueden empañar la honra y ser fuente de desgra-

cias... En sus relaciones con don Diego no veo nada malo. ¡Dios me libre! Pero no me gustan esas conversaciones frecuentes y a media voz; las muchas sonrisas; la acuciosidad de él para proveerla a usted de flores.....

—Señora, usted sí. Quien la oyera creería que era yo una mala mujer.....

—Nó, hija, nó. En mi deber de madre está el velar porque usted sea una esposa sin reproche, y si le hago observaciones es porque, como vieja, conozco el mundo y quiero a todo trance, evitar que justa o injustamente, digan de usted una palabra desfavorable. La gente de poco se pega para murmurar, y nada de raro tiene que de su amistad con don Diego hagan un chisme, que puede ir a oídos de su esposo... Don Diego es joven y gallardo; usted también; se estiman, viven bajo el mismo techo, ¿qué de particular hay en que cualquiera de los criados, por ejemplo, interprete la más ligera atención como liviandad suya?... Luego, hija, los enemigos del alma no duermen, y lo que es hoy simple afecto, puede mañana, si no se está muy alerta, trocarse en desbordada pasión.

—Entonces, ¿qué debo hacer, señora?—preguntó doña María en ansia de alivio para la turbación naciente de su espíritu, al propio tiempo que con ánimo de finalizar la conversación.

—Pues gastar mayor seriedad... Trátele con afecto si quiere y con toda la delicadeza posible; pero sin mostrar interés por sus cosas íntimas, sus proyectos, sus sueños, sus ideas. Que note lo mucho que a Ud. importan las comodidades de su casa para un huésped distinguido como él, y

el ningún rastro que en su alma deja otro hombre distinto de su marido. Y para esto, lo mejor es que en las relaciones de ustedes, no haya la más breve sombra de misterio. Cuando él le hable en voz baja, contéstele usted en voz alta, con toda naturalidad, haciéndole entender lo innecesario del sigilo en asuntos tan triviales como los de seres a quienes no une sino una simple amistad... Preséntesele siempre como mujer imposible, que puede ser excelente amiga, pero que ignora hasta el arte de hacer brotar una esperanza... Yo no sé, como soy de la escuela vieja, creo que la mujer casada no debía tener dares ni tomares con nadie.... A haber nacido hombre....

—¡Pobre de la que le hubiera tocado en suerte!
—completó doña María, tratando de ser jovial en el tono, para quitar seriedad al tema.

—Si, hija, pobrecita.... ¡Mucho la habría querido y considerado; pero eso sí, a la menor liviandad!...

Terminó doña Juana el pensamiento con gesto que traducía venganzas de nobleza ultrajada, rebeldías de espíritu indomable.

Interrumpió el diálogo la llegada de una criada que, en lujoso azafate, traía dos jícaras de plata, rebosando chocolate espumoso, puro regalo de monjas, encendedor de gulas con su olorcillo aromático. Acercóse una pequeña mesa al grupo de las señoras, en donde se depositó el refresco, y a poco aquéllas, después de signarse devotamente, daban deleite al cuerpo con la tónica bebida, y el consiguiente aditamento de pastas y bizcochos.

* * *

Don Pedro obró como lo había penasado. Día y noche, sin dejar traslucir la zozobra del alma, antes bien con la sonrisa en los labios y la galanía en los ademanes, envolvió a los acusados en una red de asechanzas. Extremando atenciones para con don Diego y ternuras para con doña María, analizaba las miradas, las palabras, el más insignificante de los actos de uno y otro, con gran disimulo, mas con intensidad de celoso. Una flor, el efluvio de un perfume, el color de un traje, cualquier cosa despertaba en él anhelo torturante por la certeza y.... allá va ese pensamiento sangrando entre dudas, empequeñeciéndose por exceso de análisis, infiltrándose de odio, tornándose mísero hasta lo indescifrable del enigma.... ¡Hubiérase resignado hasta sufrir el más mortal de los desengaños, con tal de salir de la incertidumbre!

Y pasaban los días sin una prueba ni en pro ni en contra. Siempre tranquilidad en aquellos rostros, animados por el reflejo que da la juventud ¡ Reflejo de alegría en rostros de traidores, a quienes se vigila con rabia y fingimiento! ¡Habría tortura?... Reían los dos con naturalidad, como buenos amigos que nada tienen que ocultar, y en ocasiones él, en presencia de todos, inclusive del esposo, dejaba escapar un galanteo, que ella recibía con coquetería ingenua. Reía también don Pedro sintiendo arrugársele el alma como acogotada entre un puño de acero.... Doña Juana permanecía impassible, mirando a intervalos, en mirar rápido y receloso, a su hija y a los otros. Y don Pedro

lo notaba sin saber que pensar de tal conducta. ¿Sería la madre presa de las sospechas como él o estaría al tanto de todo, desempeñando el papel de cómplice? ¿Las inquietudes que en momentos dejaba traducir, revelarían la angustia de alcanzar la verdad deshonrosa o demostrarían simplemente sobresalto, en vista de imprudencias de los culpables, que en su ceguera de apasionados podían delatarse?

Lo cierto del caso es que el buen caballero, ansiando finalizar semejante situación, simuló, como en las novelas románticas, un viaje de tres o cuatro días, y partió una mañana, con muestras de pesar, por serle menester abandonar a su esposa, a quien besó repetidas veces al despedirse.



Media noche sería cuando, embozado hasta los ojos y con sigilo de ladrón, abrió la puerta de su casa y entró cerrando de nuevo tras sí. Un reposo solemne reinaba en los corredores y en el gran patio, aromado de flores y boscajes, de donde se abarcaba la honda calma del cielo estrellado. En puntillas, dominando la respiración y andando a tientas, avanzó D. Pedro.... Detúvose de repente. Escuchó....? Ruido de sedas, quizá pasos?... Nada. Un aleteo de brisa que estremeció las flores e hizo caer algunos pétalos.... Siguió, siguió despacio, frotándose contra la pared, hasta las habitaciones de doña María, cuya puerta estaba cerrada; puso el oído en la cerradura.... Corazón! ¿Porqué golpeas tan recio? ¿No ves que tus latidos engañan? ¿Es el eco de otros corazones ardiendo en amor y en infamia? Silencio allá.

adentro, silencio de sepulcro. Ni un traquido de la madera, ni ruido de respiración, nada.... Suavemente empujó el ala de un postigo por ver si estaba abierto, y lo estaba. Introdujo la cabeza y escrutó las tinieblas.... Siempre silencio.... ¿Pero no se hallaba doña María en su estancia? Encaminóse al frente, al cuarto de D. Diego, atravesando el patio con paso de felino, para evitar el roce con la hojarasca. Llegó. Un reflejo mortecino marcaba el quicio de la puerta. D. Diego acostumbraba leer hasta tarde.... Puso el oído.... Transcurrieron segundos que fueron horas.... ¡Qué! ¿No era eso una risa comprimida?.... ¿Y eso un secreto?.... ¿Besos?.... ¡Ah! un suspiro hondo, muy hondo, de alma agotada en goces!.... Miró por la cerradura, con hambre, todo crispado, supurando odio y dolor.... Vaga claridad en la sala, porque una bujía, colocada sobre la mesa de noche, estaba velada.... Miró.... Miró.... ¡Maldita vida, cuando no se pulveriza en un momento!...

La boca perfecta y virginal, creada para la oración y los besos puros, mentía; la frente serena, de comba de raso, la nobilísima urna, propia sólo para encerrar selectos pensamientos, albergaba la más aviesa y canalla de las conciencias; y las frases dulcísimas de aquella boca que algodonaban el alma de ternura, vertían mancilla sobre la honra; y los ingenuos ojos, de transparencia de agua, se extasiaban sonreídos ante el deleite de la afrenta consumada.... ¡Si daban ganas de abofetear el espíritu que lo animaba, con un puñado de monedas!

Cautelosamente, como había entrado, apretán-

dose el pecho con las manos y la fiebre en el cerebro, salió D. Pedro a la calle.

La noche continuaba bella. El cielo espolvoreado de astros, sugería con su grandiosa paz, no sé qué agresivo desamparo a la pobre alma miserable.

* * *

A los tres días cabales, con las primeras hebras de plata en el cabello, mas siempre risueño y benévolo, presentóse D. Pedro en su casa. Recibiónlo los brazos de doña María y abandonó su mano a las de D. Diego que la estrecharon con fuerza, fraternalmente. Doña Juana, sería siempre y esrutadora la mirada, contentóse con un saludo afectuoso, en el cual el interesado creyó advertir el desconsuelo del alma buena, que nos guarda malas nuevas....

Por la noche D. Pedro, pretextando urgente ocupación, suplicó que no le aguardasen porque se recogería tarde. Y en efecto, llegó tarde cuando ya todo el mundo dormía. Sin hacer el menor ruido, como tres noches antes, se dirigió a las habitaciones de su esposa, que ahora estaban a medias iluminadas. Penetró al dormitorio y allá en el lecho, entre la blancura de las colchás, contempló el cuerpo querido, gozando de un sueño tranquilo. La luz de una lámpara próxima, herfalo desde el pecho hasta los pies dejándole el rostro en sombra. D. Pedro se aproximó calladamente.

¡Bello aquel rostro de rasgos aristocráticos y perfectos, inundados por la augusta serenidad de la inconsciencia; bella la boca amada y pérfida; y aquel cabello, desparramado por la almohada

en borrón de negrura y oloroso a mujer querida, bello también; y la mano pálida de corte lapidario, dulcemente mortal en la caricia que surge al desgaire, bajo la sábana, bella, bella... ! Y no poder como otras veces, en transporte de pasión de la que ni envilece ni ensucia, despertar a la gentil criatura con besos puros, con amor honrado!... ¡ Todo en ella ya abominable y maldito !...

Don Pedro llevó temblando la mano al pecho de la esposa y descubrió el lado izquierdo. Como pomo de oro y mieles mostróse el seno, que palpó el caballero con suavidad, buscando el latir del corazón. Sintiólo en ritmo reposado, en ritmo de alta tranquilidad, y sin retirar la mano, con la que le quedaba libre tocóse los vestidos hasta dar con un alfiler de oro, largo y grueso que llevaba prendido; armado de él, desfloró el seno con la punta, y en tono de venganza reconcentrada llamó a media voz:

—¡ María ! ¡ María !

Ella abrió los ojos, cargados de sueño, con gesto de dolor.

—¿ Sueñas con D. Diego ? ¿ Mucho le amas ?

Y entre tanto la sutil arma iba desgarrando las carnes lentamente.

—Piénsa en él, piénsa en él..... Barragana !

Un ¡ ay ! agudísimo fue la respuesta de la martirizada, y una mueca de horror asomó a su semblante..... Después no hubo más que dos o tres estremecimientos, seguidos de uno muy largo, durante el cual, el bello cuerpo se retorció dolorosamente, y el alma que lo animaba sumióse en la eternidad.....

Al siguiente día circuló la noticia de la muerte

de doña María, y todo el mundo lamentó el suceso. Doña Juana, sin embargo, no creyó en tal enlaidamiento, y con el pecho desgarrado por la angustia, mas sin derramar una lágrima, ni exhalar una queja, presintió terrible drama en lo que se recataba bajo naturales apariencias. Sus sospechas se confirmaron cuando muy temprano vió partir a D. Diego, enloquecido de pena, después de secreta conferencia con D. Pedro. Luego, amortajando el cadáver, al hacer una ablución, notó un cuerpo extraño hundido en el seno: era la cabeza del alfiler, que fue retirado en seguida.

Y nada más. Ni una palabra, ni un grito, nada. Muerte en las almas, y la tumba purificadora que se roba un secreto y el cuerpo de una hermosa.

* * *

Pasaron los años, y con ellos el dolor de D. Pedro fuese alejando hasta no dejar otro rastro que el de un recuerdo ingrato. La vida reclamaba sus derechos y era menester complacerla. De las horas de sufrimiento salía el alma como tonificada, sedienta de nuevos horizontes, ansiosa de algo que no estuviese entenebrecido por los crespones del luto. La retina se fatigaba en la estancia habitual, viendo siempre las mismas cosas impregnadas de dolientes memorias, que hablaban al caballero de un pretérito de ventura y muerte, y anhelaba el verde de los campos, el esplendor del cielo, la alegría de los seres....

Y fue precisamente un brote de alegría lo que de nuevo encendió fuego en el corazón de D. Pedro: una risa en boca de mujer, soltada a pleno gusto y desprevenición, con mucho rebrillar de

blancos dientes y picardear de ojos, en un rostro teñido de sonrosada salud.

Una mañana llena de sol, después de una noche de insomnio, en que la sangre había hervido a causa de indecibles anhelos, el hidalgo abrió la ventana de su cuarto y dióse a soñar, en tanto que se regocijaba con las caricias del aire, cargado de frescura y aromas de bosque. En tal ocupación estaba, cuando oyó a lo lejos apresurado taconeo y un crujir de faldas, que para hombre maduro y viudo, son como chispa en paja. Avizoró la vista, y a poco, por la acera, avanzó la más garrida doncella que ojos varoniles contemplaran: garbo en el andar y garbo en el cuerpo de plenitud de fruto sazonado. Llevaba el bello rostro enmarcado en un manto negro y las manos abrumadas de rosas, rosas hermanas del rostro. Iba para la Iglesia. Acompañábala una dueña y hablaban. De repente una sonrisa.... la risa que en cascabeleo de dicha se le entró a D. Pedro hasta el alma, risa de juventud, volupsuosa, crespada como borbotón de chorro cristalino en rico tazón de mármol!...

Y con esto nació el amor en el pecho del caballero.

Después de días de angustia y días de delicia, de tristezas que terminan en ventura, y alegrías en lágrimas, llegó la hora de la boda, para la cual invitóse a doña Juana con insistencia de filial afecto.

Doña Juana concurrió, seria, serena, enlutadas las ropas como vivía y transparentando un penar muy hondo. Hubo regocijo, hubo vítores por el nuevo hogar, y el vino parlero y alegre derramó

se de añejas botellas para llenar las copas y embrujar los espíritus. En el almuerzo, en medio de la alegría general, doña Juana alzó su vaso lleno:

—Brindo, dijo, por la felicidad del que en otros tiempos fué mi hijo político; a quien me permito, aquí en presencia de todos, obsequiar este sencillo alfiler de oro como regalo de boda; rogándole que, *si llega el caso*, haga de él el oficio que un marido digno supo hacer de semejante alhaja....

Nadie entendió, pero todos trastornados con las libaciones, aplaudieron, en tanto que doña Juana, al descuido, borraba de sus mejillas dos lágrimas.

Don Pedro púsose en pié, con enigmática sonrisa en los labios, también el vaso colmado:

—Nada es tan grato para mí, replicó, como tal ofrenda en este día de solemnidad, y yo prometo a la noble dadivosa que, *si llega el caso*, sabré ser tan certero y la joya cumplirá tan bien su cometido como en otra ocasión.....

—¡ Bravo ! ¡ bravo !..... Y las copas se apuraron con la trivialidad con que se apuran las copas.

ALFONSO CASTRO.

—*El trabajo que perfecciona nuestras facultades intelectuales, que desenvuelve nuestras ideas, las eleva, las rectifica, las aclara o las temple, es además fuente de una riqueza que llega a sernos inherente y que positivamente aumenta nuestro valor. Los conocimientos que no hacen otra cosa sino amueblar nuestro espíritu, y que allí permanecen como objetos importados, sin echar raíces, sin añadir nada a su extensión o a su fuerza son propiedad nuestra es cierto; pero no son nada que se identifique con nosotros mismos; nos dejan en el mismo grado de valor moral en que nos encontraron. El oro la concha y el marfil pueden embellecer una lira, pero no por esos adornos livianos los sonidos de sus cuerdas serán más amplios y sonoros.—MADAME SWETCHINE*

Seis sonetos

I

Al ver tu bello cuerpo modelado
como por manos de un artista griego,
sublíbase en el alma el dulce fuego
y nacen blancas alas al Pecado.

Todo mi ser se inclina subyugado
bajo la fuerza de un anhelo ciego,
como un niño me siento cuando ruego,
por un divino espanto dominado.

Pues temo que mis manos terrenales
manchen con su contacto tu pureza
que es calidad de seres inmortales
y me postro ante tí, por tí vencido,
porque eres como un rayo de belleza
que del Supremo Sol ha descendido.

II

Señor, tanto dolor he padecido
bajo el azote amargo y temerario
que hallé doquier las zarzas del Calvario
En la mezquina vida que he vivido.

Sobre la cruz de la pasión tendido
agonizó mi sueño solitario,
como en un sacrificio involuntario
sangré bajo los clavos del olvido.

Y siempre en pos de las quimeras mías
Moré mis amarguras más sombrías

desde la negra cárcel de mi pecho....
Solo en el mundo, bajo la acechanza
del Dolor, viví con la Esperanza
sobre el cadáver del amor deshecho.

III

Cuantas veces — ¿recuerdas? — mi cabeza
se reclinó en tu pecho dolorida,
toda llena del peso de la vida,
toda tiniebla y hiel por la tristeza.

Y al reposar así, con la certeza
de un niño que se duerme y que se olvida,
sentí pasar sobre mi vieja herida
un bálsamo de calma y de belleza.

Ya no vendrás jamás. Fué cosa vana
el amor que en mi pecho has despertado
pues la dicha en el mundo poco dura,
y al separarte así solo has dejado
como una dulce y deliciosa hermana—
tu sombra que consuela a mi amargura.

IV

¡Oh los divinos cuerpos de azucena,
los delicados talles cimbradores,
la tristeza sensual de los amores
en una noche lánguida y serena!

Para endulzar la sombra de una pena
y dar un lenitivo a los dolores
el arco de los brazos seductores
en torno de los cuellos se encadena.

Luego las confidencias, la ternura,
la comunión del alma toda pura,
las manos dulcemente entrelazadas
y en la vaga penumbra de las cosas
las bocas que sonríen misteriosas
al cansado soñar de las miradas.

V

Les fumeurs d'opium

La sombra se dilata en los rincones
y muere entre las amplias colgaduras,
tiemblan sobre sus lámparas oscuras
las llamas como rojos corazones.

Los semblantes reflejan ilusiones
y la paz de las mágicas venturas,
se apartan del vivir las amarguras,
en el silencio mueren las pasiones.

Y mientras todo se hunde en el misterio
las remembranzas vuélvense borrosas,
teniendo un no se qué de vago y triste
y surge como un lánguido zahumerio
el ensueño lejano de las cosas
que viven en un mundo que no existe.

VI

Dass mehr Licht hereinkommt!

¡Dadme más luz, más luz! fué el alto grito
que lleno de dolor lanzó el poeta,
fué el último estertor de esa alma inquieta,
sedienta de tristeza y de infinito.

En el dintel del equis inaudito,
frente a la noche lóbrega y secreta,
El vió cruzar la pálida silueta
de Mefisto, el escéptico, el maldito.

Se estremeció de horror. En vano al mundo
se volvieron sus ojos donde el cielo
precursor anunciaba la gran calma;
pero nada encontró. Y el moribundo
desesperado en su gigante anhelo,
para escrutar la luz rompióse el alma.

HERNANI MANDOLINI